

misimos. Baste recordar cómo todas las legislaciones civiles consagran la "buena fe", que es la conciencia de haber adquirido, según la ley. Y la moral considera que la mancha del robo o hurto no desaparece, sino mediante la restitución de la cosa.

2.—No es verdad que el derecho sea contrario a la moral: no puede haber una obligación jurídica para practicar lo malo, aquello prohibido por la moral. Por el contrario, el Derecho vive de la justicia pura y se funda en ella, como en la primera de las virtudes morales.

3.—El fin del derecho no consiste en proteger la libertad, sino en procurar el bien común de los asociados. Además el bien común no consiste en una igualdad matemática de libertades, porque igualar sin consideraciones a todos los súbditos es una suprema injusticia (*summum jus, summa injuria*), como puede apreciarse en normas positivas tan claras, como la distribución de los impuestos.

4.—El verdadero derecho innato no es la libertad, sino el derecho de cumplir con el deber. El olvido de este principio fundamental ha ocasionado muchas aflicciones a la sociedad, cuando creyó que debía hacerse una "declaración de derechos", sin la correspondiente y previa "declaración de deberes".

Tomás Lombo

## SINGULAR HISTORIA DE SIETE AVENTUREROS Y UNA SANTA

POR ALBERTO MIRAMON

En todo tiempo fueron malos los caminos castellanos; fangosos en invierno; en verano, polvorientos. Empero, la poesía melancólica de su yermo paisaje —de esas pardas llanuras, de ese campo desnudo— compensa con largueza de las penas y sinsabores consiguientes al trafagar por ellos... Así pensaba, al caer de la tarde de un día de octubre de 1582, una religiosa enferma y anciana, que recostada en la clásica carreta tirada por mansas mulas, sufría sin quejarse la agudeza de sus achaques recrudecidos por el continuo bamboleo del pesado vehículo tan de corriente uso en aquellos lejanos tiempos (1).

Con la aurora había salido de Avila de los Caballeros sin más compañía que una novicia y el mozo del convento que hacía de carretero; algunas horas le restan aún para llegar a Alba de Tormes. Pobre, achacosa siempre, desamparada de todo, ha recorrido durante años y años a España entera. ¿Qué espíritu más energético e in-

(1) Cierta colega académico, de cuyo nombre no quiero acordarme, tuvo a bien hacer la observación de que lo que acabamos de decir sobre los caminos castellanos no tenía fundamento histórico y directo con el sujeto del asunto. Las siguientes citas que entresacamos de las cartas de Santa Teresa, escritas en el mismo año en que situamos la evocación, mostrarán por sí solas su error al crítico de marras: "Y suplico a sus mercedes no me culpen por la tardanza, y a su merced lo mesmo, que si supiese cuales están los caminos, quizás me cuyparian de haber venido. También estoy ahora algo ruín; mas espero en Nuestro Señor no será parte para dejarme de ir con brevedad, si el tiempo mejora un poco, que dicen es el camino desde aquí a ese lugar, muy penoso". (Carta CC).

El 17 de septiembre de 1582, restándole justamente un mes de vida, decía desde Medina del Campo, en la Carta CCXXIII, última que salió de su pluma: "yo estaré poco en Avila porque no puedo dejar de ir a Salamanca... No me puedo alargar más, porque estamos de camino. Yo ando como suelo".



domable es el que anima la débil envoltura corpórea de esa singularísima mujer?... Con razón ha sido llamada esta extraordinaria Teresa de Jesús la más andariega de las santas españolas (2).

Sin embargo, ahora, en este día de octubre de 1582, pese a que en nada ha amenguado su temple de ánima, ni cedido en nada su impasibilidad a los rigores del sufrimiento que la postra; pese también a que no es mucha la distancia que ha de recorrer entre el lugar de partida y el de destino, diríase abatirse sobre su alma heroica y pura el presentimiento de ser aquella su postrera jornada sobre la tierra, sobre su amada tierra de Castilla, esa llanura que —según Unamuno cantaría después—, es la más propicia para que el espíritu se eleve, como en fray Luis de León, hacia el cielo, o bien se tienda, como en el Cid, hacia el horizonte infinito en ansia irreprimible de conquista.

Y qué mortal, presintiendo cercano el momento postrero —por santo que sea y entregadas que tenga por adelantado a Dios su vida y su alma— se libra de pensar en los caros afectos terrenos que para todos crea la simple condición humana? La mística doctora de Avila, que cifró en el amor divino la suma perfección, mal podía ser una excepción a esta regla, ya que para ello tendría que olvidar sagrada norma de Cristo.

Tras el recuerdo de las caras imágenes paternas, hubo de rememorar entonces el extraño sino de sus siete hermanos, reportando así una vez más su pensamiento a través del océano, al Continente nuevo, a las Indias, como se decía entonces, que no en vano —según observación de alguno de sus biógrafos— las circunstancias de la época, de su nación y aún de su familia, excitaron en ella de continuo esta fantasía, hasta el punto de que —se lee en el proceso de beatificación— por saber de los suyos visitó a América en espíritu.

Dicen graves autores castellanos que fue derecho exclusivo de la Villa de los Caballeros —como apellidóse a Avila desde los más remotos tiempos— el de entrar con sus soldados siempre la primera en todas las batallas que por la fe o por la gloria libró España. De aquí se infiere que mal podían no sentir los hermanos de la santa el

---

(2) Una vez, sin duda en un mal momento de frívola acritud, el Nuncio Monseñor Sega hubo de llamar a Santa Teresa de Jesús "fémmina inquieta y andariega". Quitándole a la frase lo que tiene de sarcasmo, toda ella es exacta. (José María Salaverria: Santa Teresa de Jesús, página 175).

atractivo y hechizo de la fama de nuevas conquistas que a toda la juventud española abrió de rebato el milagro del descubrimiento. Un aire de aventuras pasa por la honrada y noble familia abulense que convierte el viejo linaje de los Cepedas y Ahumadas en algo trémulo, vibrante, pronto a ser arrebatado por lo trágico. De modo —escribe un cronista— que el deseo de correr aventuras, adquiriendo honores y riquezas, los desgarró del hogar apenas llegados a la mocedad, los arrebató muy lejos de la patria, y precipitó en las colosales y sangrientas empresas de la conquista.

Según las informaciones de sus méritos y servicios que se conservan en los archivos de Sevilla y Simancas, los siete hermanos de Teresa llegaron al mundo de Colón "en traje y estofa de caballeros, hijosdalgo, bien aderezados de armas y caballos".

Miremos a espacio ahora el modo como fueron aventando en el tapete verde y rojo de la conquista del Nuevo Mundo los negros dados en que se jugaron uno tras otro, el azar de sus destinos... ¿Ganaron?... ¿Perdieron? ¿Quién sabrá juzgarlo! Como bien dijo una vez esa misma sutilísima doctora de Avila —a quien dejaremos en el entretanto olvidada en la llanura de Castilla, avanzando al paso desacompañado de la chirriante carreta— precisa al hombre aventurar la vida, pues no hay quien mejor la gane que quien la da por perdida.

Iniciaron la marcha a las Indias los mayores de la familia, es decir, Hernando y Rodrigo. En años posteriores emigraron en su orden: Lorenzo, Pedro, Jerónimo, Antonio y, por último, Agustín. Sigámosles los pasos a estos siete varones de aventura a través del polvo de documentos históricos o por medio de la prosa clarísima de la correspondencia de su docta hermana.

El mayor de los siete, Hernando de Cepeda o de Ahumada —que de ambos modos solía apellidarse— trabó conocimiento con el conquistador Francisco de Pizarro cuando éste fue en el año de 1530 a solicitar mercedes y facultades en la Corte para proseguir la conquista del Perú; cuatro años después se enganchó bajo la bandera de Hernando Pizarro, y, coadyuvando con temerario arrojo a la mencionada conquista, fue uno de los que tomaron parte en Cajamarca en la oscura hazaña de la captura y muerte de Atahualpa (3).

---

(3) Luis Augusto Cuervo. Apuntes históricos. (Parientes de Santa Teresa en América), Bogotá, 1925.

¿Cuál fue su actitud en relación con la suerte del inca? ¿En cuál de los grupos que, una vez cumplido por Atahualpa el pacto del rescate, se formaron, tomó parte Hernando? Entre los que pensaban que habiéndole tomado el oro convenía remitirlo a España, o bien, entre aquellos que, con Almagro a la cabeza, creían de conveniencia seguir con el prisionero hasta el Cuzco; o, en último término, militó con los que opinaban por matarlo, ya que se le había sacado todo el oro? . . . No lo hemos logrado averiguar. Según observación del ilustre Monseñor Pólit, se carece por completo de datos sobre la carrera militar de Hernando hasta que se le encuentra, años después, de Alférez Real, en la batalla de Iñaquito, al lado del Virrey Núñez Vela.

Achaque común de estos varones fue el dar pocos informes de sí, como se deduce de la propia correspondencia de la santa, "que pasó muchos años sin tener noticia cierta y directa de sus hermanos".

En las filas del mentado Virrey hallamos también a cuatro más, a saber: Lorenzo, Jerónimo, Antonio y Agustín. ¿Cómo fueron a dar a ellas? Jamás han logrado ponerlo en claro los cronistas, pues lo único que de cierto se sabe es que, luego de vagar por las costas del mar Caribe en diversas aventuras y haber intentado alguno de ellos empresas como la conquista de La Florida, pasaron el istmo de Panamá, y al cabo de una travesía tempestuosa, aportaron como náufragos al puerto de Buenaventura; continuaron hasta Quito con el Gobernador Vaca de Castro, y se reunieron con el conquistador y Adelantado don Sebastián de Benalcázar.

Tan grande era el desorden social y administrativo que reinaba en el Perú, al concluir la primera mitad del siglo XVI; a tal punto había llegado la opresión y tiranía para con los indígenas, que no bastó al Emperador Carlos V dar las famosísimas "ordenanzas reales", sino que le fue preciso, además, nombrar Virrey a don Blasco Núñez Vela, varón enérgico y decidido, y dotarlo de especialísimas autorizaciones "para sujetar a los conquistadores orgullosos y levantiscos, y proteger a la mísera raza indígena para que no acabase de desaparecer".

Sabidas son la historia y peripecias del efímero virreinato de Núñez Vela; la oposición que encontró desde que sentó plaza en la tierra de su mandato, la traición que le hicieron los propios señores de la Real Audiencia, y, por contera, el levantamiento de Gonzalo Pizarro. Hecho prisionero el primer virrey del Perú, le remitieron

cargado de grillos a Panamá; recobra allí su libertad y, llamando en su auxilio a todos los vasallos fieles a la Corona, marchó a Quito.

Dicho tenemos que Hernando de Cepeda fue su Alférez Real en la gran batalla de Iñaquito, y que también en esa tremenda oportunidad se congregaron en torno al estandarte del rey, Lorenzo, Jerónimo, Antonio y Agustín.

El docto historiador ecuatoriano Monseñor José María Pólit, ha escrito de tan sonado suceso unas páginas que por lo inmejorable es imprescindible transcribir:

"Era un lunes, 18 de enero de 1546; el sol se acercaba a su ocaso y pocas horas restaban ya a la moribunda tarde. El Virrey colocó a su tropa en la pendiente de la loma que, bajando del Pichincha como un contrafuerte, limita a la ciudad por el Norte, extendiéndose a sus pies la planicie denominada Iñaquito. Dividióla en tres cuerpos reducidos, uno de infantes alabarderos en el centro, con los arcabuceros por delante, y en las alas dos pequeños escuadrones de caballería, entre cuyos jinetes estaban indudablemente los Cepedas y Ahumadas; él mismo se puso al acecho con trece caballeros escogidos, en frente del estandarte real que llevaba el Alférez Hernando de Ahumada. Pizarro, que traía casi el número doble de soldados del Virrey, los desplegó en orden igual y paralelo, a pocas caudras de distancia. Trabóse la lucha encarnizada por ambas partes; los unos clamaban ¡Libertad!, los otros ¡Lealtad! Entre los del Virrey hace prodigios de valor Sancho Sánchez de Avila, y cae acribillado por cien enemigos que lo rodean; el mismo Benalcázar rueda herido bajo los pies de los caballos, e idéntica suerte les cabe a los jóvenes Cepedas y a su hermano Agustín, mientras Antonio de Ahumada recibe un tiro mortal de arcabuz, y Hernando, abierto el vientre por un horrible lanzazo, abate exánime el estandarte y huye en medio de la derrota".

Muerto el Virrey en el combate, aunque sin gloria y a manos de un negro esclavo por mayor desventura, los indios y muchos vecinos que habían seguido como espectadores las peripecias de la lucha, se lanzaron al campo a favor de las sombras de la noche y, como aves rapaces, fueron despojando infamemente a muertos y heridos.

Lo que después siguió fue aún más espantoso: los vencedores, embriagados por la victoria y la sangre, no daban cuartel; sus manos implacables lo mismo irrespetaban a los cadáveres que se hundían inmisericordes rematando a los heridos, o segaban las vidas de los rendidos y desarmados. Aquí habría tenido fin la historia de los

hermanos de Santa Teresa, si no se hubieran ellos andado prestos en ponerse a buen recaudo en el asilo sagrado de iglesias y conventos de Quito.

Aplacados un tanto el terror y desenfreno que siguió al triunfo de Pizarro, aventuráronse a dejar sus refugios y a pie abandonaron a Quito; algún tiempo después volviéronse a reunir en Pasto. Al juntarse de nuevo, hubieron de echar de menos a Antonio; seis serían de ahora en adelante los aventureros Cepedas y Ahumadas a la conquista de América.

Rodrigo, el hermano predilecto de la Santa en la niñez, cuando se desgarró del hogar tomó rumbo distinto al de sus hermanos; se dirigió al sur del Nuevo Mundo y se enganchó para la conquista del río de La Plata, en la expedición formada por el adelantado don Pedro de Mendoza.

Al decir de cronistas, su nombre figuró entre los capitanes de más cuenta y significación que cumplieron, primero, la magna empresa de la fundación de Santa María del Buen Aire —futura espléndida metrópoli del Plata— y, luego, remontando hasta la confluencia del Paraná y el Paraguay, subió con las gentes de Juan de Ayolas por este último río, tocándole estar también presente en otra fundación de importancia: en la de Asunción.

Según historiadores argentinos, el principal propósito de aquella expedición era el de llegar hasta el Perú y tomar posesión de todo lo que cayese al sur del fabuloso imperio inca. En desarrollo de ese empeño, internáronse los conquistadores aguas arriba del Pilcomayo, afluente del Paraguay, y siguieron sin detenerse por el desierto del Chaco.

A poco de ahondar en aquellas duras regiones, los feroces indios payaguas abrieron hostilidades contra los invasores. Valerosos y aguerridos, los indígenas no cejaban en sus ataques. Estos eran de tremendas consecuencias para los castellanos, que cada día, a cada hora, en todo momento, veían diezarse sus fuerzas sin poder retroceder, y sin que el trecho que lograron avanzar compensara la pérdida de tantas vidas. El día 15 de junio de 1536 cayó a su turno Rodrigo “en uno de esos bosques o esteros desconocidos”.

Avecindado en Pasto, Hernando dividió su tiempo entre el cuidado de una encomienda que hubo en aquellas partes y extemporáneos pero implacables combates contra los indios del Nuevo Reino. De los hermanos de Santa Teresa, quizás es el que parte más activa

tuvo en las empresas guerreras que ensangrentaron nuestro suelo patrio en el heroico y terrible siglo XVI.

Lorenzo siguió en el Perú, casó en Lima con dama principal y murió al cabo entre honores y prebendas. Taimado cortesano a la par que hombre poco arrojado, de todos los Cepedas y Ahumadas fue el que mejor supo aprovechar los méritos espirituales de su ilustre hermana para hacerse dar repartimientos terrenos. Verdad es que una donación suya hecha a tiempo permitió a Teresa llevar a cabo su primera fundación monástica; pero también lo es que supo hacer valer como ninguno estos méritos en sus solicitudes para procurarse encomiendas ante el cristianísimo Felipe II.

Los años, racha incontenible, fueron enfriando con sus nieves aquellos corazones aventureros; los arranques conquistadores que inflamaron sus juventudes andariegas, se extinguieron poco a poco, cual se consume la antorcha caída en el estanque. El deseo de la paz doméstica y regalona se apoderó entonces de sus ánimas de acero, como orín que corroe invicta armadura... Cual sueño lejano recordaban a veces, sin calor ni entusiasmo, sus primeras andanzas, los combates contra Pizarro, las jornadas por el Cauca y Antioquia con Benalcázar, en fin, los peligros y aventuras del ayer.

Únicamente en Agustín, el menor de los hermanos de la Santa, no se extinguió jamás la sed de aventuras; el tiempo pugnó en vano por enfriarle el corazón; siempre ganoso de gloria y riquezas, se adhería a toda empresa sin medir los peligros. “Como hijodalgo iba con sus propias armas llevando tres esclavos y ocho caballos”, lo mismo a la conquista de Chile que a las lides del Perú; igual a las luchas de Marte que a las faenas de Venus, pues tanto en la guerra como en el amor dejaba tan abundantes rastros de sí, que según bien escribía la santa al saber sus hazañas y tener noticias del poco cuidado que ponía en la salvación de su alma: “Estoy en harto cuidado de Agustín de Ahumada por no saber cómo va en las cosas de Nuestro Señor... Para lo que allá les toca, no tiene ese asiento —que aún no es casado y hoy ata en un cabo y mañana en otro.”

A pesar de la pena que le produce este alejamiento y desgano del hermano menor por los asuntos atañedores a la religión, cuando la antigua y ferviente lectora de libros de caballería que fuera Teresa de Jesús en sus mocedades, daba rienda suelta a su imaginación y pugnaba por formarse idea de la vida en esas tierras vírgenes y misteriosas que eran las Indias, siempre la imagen guerrera de este su

hermano Agustín, caballero en brioso alazán, reluciente de armas, servido de indios esclavos y circundado de flechas como los andantes varones de las antiguas órdenes, era la que venía a la postre a iluminar su entendimiento cual visión magnífica y terrible, de simbolismo y de verdad, retrato y espíritu de esa Avila de los Caballeros que ahora veía emerger por última vez de las negras llanuras, en el campo desnudo de la vieja Castilla, a modo de deidad tutelar que reposa en la serenidad de la tarde...

Una última sacudida de la carreta saca a la anciana y enferma religiosa del ensimismamiento en que ha estado durante todo el camino: han llegado ya a Alba de Tormes; allí tenía fin el viaje; allí, días más tarde, tendría remate también su vida... Ciega y fría — como en la hermosa silva clásica tan dilecta de Azorín — la noche caía blandamente desde las estrellas remotas y titilantes.

*Alberto Miramón*

## LA SIGNIFICACION FILOSOFICA DEL CONCILIO DE TRENTO Y LA EDAD MODERNA.—(1545-1945)

Por OCTAVIO NICOLAS DERISI

SUMARIO: I.—1. El antropocentrismo naturalista de la edad moderna suplantando al teocentrismo sobrenaturalista medioeval.

II.—2. La concepción de la justificación del Protestantismo implica el primer rasgo de la Edad Moderna, un naturalismo radical, que impide al hombre su elevación a la vida de Dios. 3. La concepción individualista de la religión del Protestantismo encarna el segundo carácter de la cosmovisión de la Edad Moderna: su espíritu antropocentrista. 4. Esta compenetración del espíritu de la Edad Moderna y del Protestantismo hace que los pasos de éste corran paralelos con los estados culturales de aquélla.

III.—5. La justificación intrínseca del hombre, definida por el Concilio de Trento, excluye a la vez el espíritu individualista de la Edad Moderna. 6. El Concilio de Trento también excluye ese individualismo de la religión puramente personal y el "libre examen" del Protestantismo, por la concepción de la Iglesia, organismo jerárquicamente constituido como Cuerpo de Cristo. 7. En cambio, con su doctrina de la libertad y responsabilidad humana bajo la eficacia de la gracia, el Concilio de Trento salvaguarda la más auténtica contribución de la Edad Moderna: el haber puesto en relieve la dignidad de la persona humana.

IV.—8. El Concilio de Trento, salvando e incorporando los auténticos valores de la Edad Moderna, purificados de su naturalismo antropocéntrico, en los valores perennes del Medioe-

